

Nota editorial

Síntoma

Este número de *Estudios* aparece con retraso. Razones de fuerza mayor, como suele decirse, imposibilitaron su impresión prevista para el segundo semestre de 1995. Las "fuerzas mayores", casi siempre, son factores externos que por su peso consiguen doblegar una voluntad orientada hacia algún propósito. En nuestro caso, esos factores fueron de orden económico: la revista *Estudios*, al igual que otras publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, había contado con el decisivo apoyo de organismos como la Secretaría de Ciencia y Técnica de la propia Universidad. Durante el pasado año exigencias presupuestarias cancelaron los fondos asignados al rubro "publicaciones" de la SECYT y, en consecuencia, *Estudios* no dispuso del auspicio acostumbrado.

Entre nosotros, es decir, en la Argentina toda, es común que las publicaciones vinculadas a los espacios académicos sufran irregularidades determinadas por causas externas a ellas mismas. Censuras políticas o intolerancias ideológicas se ensañaron más de una vez sobre valiosos esfuerzos editoriales. Aquellas detestables razones —por suerte— hace tiempo fueron superadas. Las imposiciones económicas, en cambio, son menos irritantes; pero pueden producir efectos similares. A través de diversos caminos, el hecho se repite con tanta frecuencia que suele provocar sorpresa no la interrupción de una publicación académica sino su continuidad en el tiempo. No por repetida, esa fragilidad es menos escandalosa. Mortifica, entre otras cosas, porque constituye un mal síntoma.

Utilizar un término prestado de los usos médicos tiene el riesgo de incorporar confusión al homologar, sin precaución, artefactos culturales con seres vivientes. Vivimos momentos en que las sutilezas del lenguaje pueden encerrar un drama: las cosas simulan vida propia (la Bolsa de Valores puede —por ejemplo— tener "comportamientos nerviosos") porque un proceso de

creciente reificación borra los límites entre los seres humanos y las cosas. Hablar de *síntoma* nos permite recordar que se trata, siempre, de un hecho subjetivo, es decir, de algo construido por alguien. El reconocimiento de algo como "síntoma", por lo tanto, depende de la manera como se perciben las cosas. Todo síntoma señala la alteración de una normalidad y si se presupone que la normalidad acarrea algún beneficio, la aparición de síntomas, por el sólo hecho de ser reconocidos, sería inquietante. En ese sentido, cualquier síntoma, mirado desde la normalidad, es malo. No está en discusión, por supuesto, la ardua disputa entre lo normal y lo patológico que tanto ha enseñado a nuestra civilización. Pero es igualmente cierto que sin un *a priori* de normalidad, el concepto de síntoma se diluye.

¿Qué puede significar *normal* en el caso de la Universidad? ¿Acaso la circunstancia de que sus órganos administrativos funcionen regularmente? ¿Acaso el acatamiento ciego a ciertas concepciones en boga que hacen de la relación costo-beneficio el sentido del mundo? ¿Acaso la mimética adaptación a tendencias estadísticas sobre los requerimientos "sociales", entendido lo social como mercado y el mercado como paradigma ordenador de las relaciones humanas? Lo normal, lo que consideramos que debe ser, depende de nuestra "idea de Universidad". Porque la Universidad, fundamentalmente, y como todas las grandes manifestaciones de la cultura, es una idea. ¿Qué idea, entonces, rige la Universidad? Tal vez ésta sea la pregunta esencial para un debate que aún no ha resonado en los muros universitarios. Estamos incapacitados, en consecuencia, para aludir a una creencia compartida por la comunidad en su conjunto. Los que hacemos *Estudios*, dentro del espíritu que anima la labor académica del Centro de Estudios Avanzados, conjeturamos para la Universidad una normalidad que anida en un estado de agitación permanente derivado de una búsqueda incesante, en una proliferación ininterrumpida de pensamientos encontrados, en una apasionada apuesta al saber por el saber mismo: el más noble rasgo de esto que se llama ser humano. Para tal normalidad la existencia de publicaciones que den cuenta de la imaginación creadora que alimenta los pálidos claustros, es una condición irrenunciable. Sin vocación por el saber obstinado, no hay Universidad. Para esta idea, la definición de las prioridades en la distribución presupuestaria puede ser un síntoma. Y, aunque suene enfático, un mal síntoma.

Afortunadamente, muchos de los integrantes de la Universidad Nacional de Córdoba participan de idénticas preocupaciones y de aspiraciones semejantes. Seguramente *Estudios* y otras publicaciones de la Universidad volverán a contar con subsidios monetarios que faciliten su existencia. En nuestro caso, además, hemos visto con agradecida expectativa la decisión de un grupo de amigos que han constituido una "Fundación Estudios" con el único fin de favorecer la publicación y difusión de la revista, así como apoyar actividades promovidas por la misma. En otras páginas se informa detenidamente sobre esta iniciativa abierta a nuestros lectores.

En esta entrega se da cuenta de dos actividades en las que el CEA tuvo papel destacado durante 1995. La Maestría en Sociosemiótica desarrolló un especial esfuerzo en

la organización –junto a otras entidades– del IV Congreso Nacional de Semiótica al que asistieron más de setecientos participantes del país y del extranjero. Los trabajos que aquí se reproducen, a los que se agregarán otros tantos en el próximo número, representan apenas una muestra de las casi cuatrocientas ponencias presentadas. El Área de Partidos Políticos, por su parte, organizó un seminario para recordar el 40º aniversario de la Revolución Libertadora. Parte de lo que allí se expresó aparece reflejado en las páginas de la revista.

Ya en este año, el primer semestre de 1996 incluyó un día que *Estudios* no puede dejar de señalar: el vigésimo aniversario del Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. En la imprevisible historia nacional, pocas cosas serían tan deseables como que haya sido el último. Aún permanecen sin escribirse largas páginas de investigaciones y análisis que den cuenta de aquella época, tal vez la más cruel y dolorosa que haya vivido la República. También la más compleja: tiempo trágico al que pareció marcharse irremediablemente. La Universidad no debería desentenderse de estos momentos en que la humanidad misma de los hombres y mujeres es puesta en duda. Si *humanidad* aún significa algo, el estupor, la indignación, también la esperanza, son fuentes del saber verdadero. ■

Héctor Schmucler